

Cuento de los angelitos

1994 - Elsa Bornemann

Hacía pocos meses que el matrimonio formado por Cora y Eloy Molina había llegado con sus dos pequeños a la gran ciudad, huyendo de la vida miserable que llevaban en su pueblito.

—Tuvimos mucha suerte, decían.

Esos pocos meses habían bastado para que Eloy consiguiera un trabajo que les permitía alquilar una vivienda en los suburbios y soñar con que ya habrían de llegar tiempos mejores. Cora se había empleado como doméstica. Durante las horas de labor fuera de la casa, dejaba a sus hijos Boris de siete años e Iván de cuatro, en una escuela de las inmediaciones. Sin dudas, la situación económica de la familia Molina había mejorado y suponían que todo andaría mejor aún si Eloy se decidía a aceptar ese ofrecimiento de trasladarse la mitad del año bien al sur del país contratado por aquella empresa que necesitaba albañiles como él.

La paga era doble comparada con la que recibía en la ciudad pero el hombre no se resolvía a separarse de los suyos. Después de todo, no hacía mucho que habían dejado su pueblo y le daba algo de temor que su mujer y sus hijos permanecieran solos en el nuevo lugar.

Fue la misma Cora quien lo animó. Le aseguró que ella se sentía bastante capaz de desenvolverse en la ciudad y según decía, los días iban a pasarsele volando, tan atareada como estaba.

—Pronto volveremos a reunirnos para las fiestas, le repetía a su marido.

Así fue como Eloy se despidió de su mujer y sus hijos y marchó rumbo al sur.

—Todos los sábados a la mañana vamos a llamar a papá por teléfono, les prometió Cora a Boris e Iván,
—Así nos enteraremos de cómo le va y además, así les oye las voces a ustedes, ¿eh?

Durante varios sábados seguidos después del viaje de Eloy se le vio a Cora y sus hijos saliendo de su casa bien tempranito. Era largo el trayecto hasta la cabina telefónica desde donde podían comunicarse con el padre: caminata de varias cuadras hasta un paso a nivel, cruce del mismo por un sendero peatonal precariamente abierto y por fin otra fatigosa caminata hasta arribar a la ruta, por donde pasaba el colectivo que los llevaba al centro de la ciudad.

—Mamá, tengo ganas de hacer pis, le dijo Iván aquel sábado, no bien los tres habían llegado cerca del paso a nivel. Cora buscó los arbustos de un baldío como improvisado baño de emergencia para su hijo menor. Boris esperaba juntando piedritas a su alrededor cuando de repente un hombre apareció junto a su madre, como brotado de los matorrales. La expresión de su cara daba miedo.

—¡Cuidado, mamá!, le gritó Boris, al ver que el hombre se le abalanzaba. Cora no tuvo posibilidad de defenderse, ocupada como estaba en la atención de las necesidades del chiquito. Sintió que un puñetazo la derribaba, a la par que unas manos le arrebatában el bolso. A pesar del sorpresivo ataque y del mareo

producido por el golpe, la mujer unió fuerzas y valor y se echó a correr detrás del ladrón que rumbeaba hacia el paso a nivel como diablo que sopla el viento.

Inútil pedir auxilio en esos momentos y en ese sitio: ¿a quién? Ni un alma que no fuera la de Cora, la de Boris, la de Iván o la de ese desdichado que sin proponérselo con su robo acababa de convocar a la tragedia para que dijera «Presente» sobre la mañana del sábado, en unos instantes más. En su angustioso afán por recuperar su bolso donde tenía el único dinero restante para pagar la comunicación telefónica, pasar el fin de semana y aguantar hasta el lunes en que volvía a trabajar por horas, a Cora no se le ocurrió otra cosa que correr tras el delincuente. Reacción lógica: ¿cómo iba a suponer que la desgracia acecharía a sus hijitos si ella disparaba para tratar de agarrar al ladrón?

El hombre cruzó el paso a nivel a la carrera. Cora, casi pisándole los talones. Pronto, ambos estuvieron del otro lado de las vías. La persecución continuaba. Llorando a los gritos desde que habían visto a ese sujeto golpear a su mamá, Boris e Iván también corrían detrás de ellos, aunque no lograban darles alcance. Boris llegó primero al paso a nivel y empezó a atravesarlo. Su hermanito lo seguía. Los dos, apuradísimos y con los ojitos puestos en la silueta de su mamá. Los dos, desesperados. Los dos solos, sobre las vías y frente a la muerte.

Consternado, el maquinista de ese tren que se dirigía al centro contaba ante las cámaras de los noticieros de la televisión, horas después: "No pude evitarlo. Esos angelitos se me aparecieron de repente. Fue terrible, terrible, Dios mío... No voy a olvidarlo mientras viva..."

—»No-so-tros tam-po-co... Po-bre ma-má... Pobre pa-pá...».

Nadie escuchó estas palabras que sin embargo fueron pronunciadas una y otra vez el día de la tragedia, hasta que llegó la noche y se internaron en ella.

Nadie las escuchó.

Pero... ¿quién de nosotros puede oír fácilmente las vocecitas de los ángeles? Los diarios informaron al día siguiente que la vida de Boris se hubiera salvado de haber recibido inmediata atención médica, que la criatura fue rescatada a tiempo por los bomberos pero que no la recibían en el hospital de la zona hasta que como es habitual en estos casos se realizara la intervención policial; que se perdieron aproximadamente dos preciosas horas hasta que ese trámite pudo cumplirse; que si se hubiese hecho esto o lo otro...

«Hubiera o hubiese...".

Qué forma verbal inútil en circunstancias así. Se aplica para lamentaciones tardías acerca de lo que ya es imposible modificar y que son totalmente vanas cuando como de costumbre no se tiene en cuenta esa experiencia para prevenir desgracias futuras. Los hijos de los más humildes, como Boris e Iván, casi no tienen defensores durante sus vidas. Mucho menos después de muertos.

El drama fue rápidamente olvidado por los medios de comunicación masiva y por el público consumidor de sus noticias.

«Po-bre ma-má... Po-bre pa-pá...».

Pasaron veinte años a partir de aquel sábado trágico para Eloy y Cora. Con los corazones destrozados, ambos siguieron trabajando como robots aunque ya no le encontraban sentido a la existencia. Se esforzaban sin embargo para ayudar a criar a varios sobrinos, a medida que su familia del lejano pueblito iba también mudándose a la gran ciudad. En esta obra de solidaridad con los suyos encontraban a veces un poco de alivio para su dolor.

No quisieron tener más hijos. El recuerdo de Boris e Iván se mantenía en ellos con una nitidez tal que sentían que ambas criaturas andaban por allí, con sus almitas en puntas de pies deslizándose por la casa, acompañándolos como en el pasado eternamente niños.

De tanto en tanto, a Cora le parecía oír su voces y la tristeza la ahogaba entonces con la misma intensidad que aquel día en que los había perdido para siempre.

«Po-bre ma-má... Po-bre pa-pá...».

Lejos de la modesta casa de los Molina, en una pensión de las tantas cercanas al centro de la gran ciudad, vivía el hombre a raíz de cuyo robo habían muerto Iván y Boris en total impunidad de su delito. No le había ido mal económicamente, astuto ladrón como se había convertido, con banda propia y todo. Sin embargo, jugador empedernido, el dinero le duraba lo que un suspiro. Todos creían que esta situación de continua escasez era la causante de su malhumor, de su carácter hosco, huraño. ¿Quién iba a imaginar que un sujeto despreciable como aquél viviera como vivía torturado por los remordimientos? Los años no lograban traerle la paz, aunque desde que aquello había sucedido se repetía que él no era culpable, que el accidente era producto de la fatalidad, que ni loco hubiera pensado en hacer tanto daño... Si hasta había devuelto el bolso, arrojándolo de manera anónima en el jardín de los Molina dos noches después de la tragedia y con casi la mitad de los billetes robados...

—No voy a olvidarlo mientras viva, canejito, se decía, atormentado por la culpa y por el vino.

— No voy a olvidarlo....

Entonces, en su delirio, le parecía escuchar que unas vocecitas le susurraban lentamente: «No-so-tros tam-po-co...».

Muchas veces a lo largo de esos años había tenido la sensación de que alguien lo seguía cada vez que debía tomar un tren. Era como si unas pisadas fueran recorriendo las suyas a medida que caminaba por los andenes. Por eso evitaba en lo posible viajar en ferrocarril. Un sábado como tantos se preparó para ir a las carreras. Hacía bastante calor y el mediodía amenazaba aumentarlo aún más, por lo que decidió no tomar el repleto micro que solía conducirlo al hipódromo y viajar en tren, más aireado al menos. Ese día tuvo mucha suerte con sus apuestas a los caballos. Ganó una fortuna. La noche lo sorprendió entonces contentísimo, esperando en esa estación de las afueras el tren de regreso al centro. Mucha gente circulaba por el andén. Ya se veía a lo lejos brillar el foco de una locomotora en dirección hacia allí, a toda velocidad. En instantes más se detenía junto al andén. El hombre se encaminó hacia el borde, quería ser de los primeros en subir a los vagones para conseguir asiento. Él era de los que a toda costa y abriéndose paso a fuerza de codazos, siempre conseguía viajar sentado. Pero esa vez no. Ni sentado

ni parado. La locomotora ensordecía con su silbato y ya todo el gentío se apretujaba en el andén, cuando los oídos del hombre creyeron percibir esas pisadas «especiales», las mismas que solía detectar cada vez que debía tomar un tren. Esa sensación se le antojó ridícula. El andén estaba atestado. No era posible ya dar un paso. Pero sí saltar hacia las vías. Y el hombre lo hizo. Al menos, eso es lo que testificaron todos los que tuvieron la lamentable ocasión de verlo con sus propios ojos.

—El tipo se arrojó cuando se acercaba el tren. Lo hizo pedazos, imagínense. Fue un espectáculo espantoso. Más, porque parecía un hombre normal, vea. Estaba allí, al lado nuestro, lo más tranquilo, y de repente...

Ninguno de los testigos pudo enterarse de lo que en verdad sucedió. Porque el episodio que realmente tuvo lugar en aquella estación solo lo conocieron el hombre... y los angelitos.

Tal cual se narra más arriba, el hombre había sentido que lo seguían hasta el borde del andén. Apenas si había tenido tiempo como para darse vuelta cuando cuatro manitos infantiles lo empujaron a las vías, al impulso de un vigor sobrenatural. Durante la fracción de instante que le quedó de vida antes de caer debajo de la locomotora, vio fugazmente dos criaturas vestidas a la moda de veinte años atrás.

Ellas lo habían empujado.

Y eran dos varoncitos de corta edad y los dos lo contemplaron con miradas como vueltas para adentro, como de otro mundo, mientras él pensaba por última vez: "Ni muerto voy a olvidarlo...".

Y ellos le decían: «No-so-tros tam-po-co... «Po-bre ma-má... Po-bre pa-pá...».